

Stanley, Jason. (2019). *Facha. Cómo funciona el fascismo. Diez conceptos claves para entender el auge y los peligros de los nuevos tiranos del mundo.* (Laura Ibáñez, Trad.). Blackie Books. 213 páginas.

*How Fascism Works* del profesor de la Universidad de Yale, Jason Stanley, es un libro de divulgación que aborda la política fascista y sus tácticas para la obtención del poder. Anteriormente, el autor publicó *How Propaganda Works* (2015) en el que buscaba mostrar cómo opera sutilmente la propaganda y cómo esta socava la democracia. Stanley es hijo de una originaria del este de Polonia y sobreviviente del gulag siberiano y de un judío-alemán que escapó de la Alemania nazi con apenas seis años.

Hay una distinción que es importante dejar clara: existen regímenes fascistas y políticas fascistas. De acuerdo con Stanley, “estas últimas pueden ganar peso en la sociedad sin que necesariamente deriven en un Estado fascista a la antigua usanza” (p. xv). Pero, aunque las políticas fascistas no culminen en un Estado fascista, esto no deja de ser peligroso; a juicio del autor, debemos ser conscientes de que este tipo de políticas buscan debilitar (o incluso eliminar) la democracia abriéndose camino precisamente dentro de ella.

Los peligros del fascismo en política radican, como señala Stanley, en “la manera especial que tiene de deshumanizar ciertos segmentos de la población. Al excluirlos, limita la capacidad de empatía de los demás ciudadanos y justifica el tratamiento inhumano; desde la represión de la libertad, el encarcelamiento en masa o la expulsión hasta, en casos extremos, el exterminio en masa” (p. 8). La política fascista divide; su objetivo principal es dividir a la población en “nosotros” y “ellos”, haciendo creer que *nosotros* encarnamos todas las virtudes mientras que *ellos* son vagos y subsisten gracias a *nosotros* (p. 10).

El libro consta de diez capítulos más una *Introducción*, un *Epílogo* y *Agradecimientos*.

El fascismo, de acuerdo con el profesor de la Universidad de Yale, posee diez estrategias fácilmente distinguibles: 1) un pasado mítico que el gran líder fascista rememora, 2) la propaganda fascista que necesita que las noticias sean falsas, 3) el antiintelectualismo, 4) la irrealidad (porque el fascismo busca terminar con la verdad y que en su lugar emerjan teorías conspirativas), 5) la jerarquía (en la medida en que en la política fascista necesita un grupo que domine a los demás), 6) la victimización de este grupo dominante, 7) el orden público que necesitan los “desobedientes por naturaleza”, 8) la política de la ansiedad sexual, 9) pensar la ciudad como “Sodoma y Gomorra” y, finalmente, 10) la idea de que el trabajo te hará libre (*arbeit macht frei*).

Este libro permite darnos cuenta de cómo las estrategias fascistas están siendo utilizadas no solo en Estados Unidos (que es el ejemplo recurrente del autor) sino también en otros lugares del mundo. Lamentablemente, el terreno de las tácticas fascistas está hoy más que sembrado. Políticos que utilizan estrategias fascistas amenazan cada día la democracia (o lo que va quedando de ella).

Fascismo es un término difícil de definir que se emplea muy a menudo y con gran facilidad. Stanley en este libro entiende el fascismo como el “ultranacionalismo de distinto tipo (étnico, religioso, cultural), en el que la figura de un líder autoritario representa a la nación y habla por ella” (p. 7).

El primer concepto clave es el pasado mítico: “el fascismo evoca un pasado mítico y puro trágicamente destruido” (p. 13). La política fascista busca idealizar el pasado, pero sabemos muy bien que el pasado que se idealiza jamás es el real. Como señala Stanley, la política fascista se basa en la jerarquía de un líder que hace creer que su pueblo es excepcional y que está destinado a gobernar otros pueblos por designio divino o ley natural. La estrategia del pasado mítico debe mencionar que existió una época gloriosa para la nación con grandes héroes y con grandes ejércitos formados por leales compatriotas, mientras que las mujeres –como es de esperar– se quedaban en la casa criando a la siguiente generación. El fascismo necesita la narrativa de un pasado mítico para cambiar el presente. Por tal motivo, la sociedad fascista necesita reforzar el ideal de la familia patriarcal. El líder (equivalente al padre de la familia patriarcal) mantiene la nación y su autoridad viene de su fuerza, que es su principal valor autoritario. Stanley recuerda a Gregor Strasser, jefe de propaganda del Reich nacionalsocialista alemán en los años veinte, que señala que “para un hombre, el servicio militar es la forma de participación más profunda y valiosa; ¡para la mujer es la maternidad!” (p. 16). La política fascista requiere que las mujeres no aspiren a ser iguales a los hombres.

El segundo pilar de la política fascista es la propaganda. Como señala el autor, es difícil que prospere un programa político que diga abiertamente que perjudicará a un amplio grupo de personas, por tanto, se enmascara la realidad para decir que la meta es la estabilidad o la libertad (p. 31). La política fascista dice que quiere proteger la libertad y los derechos individuales, pero esos derechos dependen de la opresión a ciertos grupos (p. 35).

La tercera estrategia es el antiintelectualismo. “La política fascista quiere debilitar el debate público atacando y desvirtuando la educación, los conocimientos especializados y el lenguaje” (p. 43). Como menciona Stanley, cuando operan las tácticas fascistas no es posible un debate inteligente porque no hay respeto a las otras perspectivas ni tampoco existe un lenguaje bastante rico para describir la realidad. La educación supone una grave amenaza para el fascismo por lo que tratará de utilizarla como uno de los pilares en que se apoye la nación mítica. Los políticos fascistas, señala Stanley, tienen en su punto de mira a los profesores universitarios. Los estudios de género, por ejemplo, están siempre bajo sospecha para la extrema derecha a nivel mundial, “a los catedráticos y profesores de estas especialidades se les acusa de deshonorar las tradiciones de la nación” (p. 49). Stanley menciona que la oposición a los estudios de género surge de la ideología patriarcal. Recordemos que “el nacionalsocialismo ataca a los movimientos feministas y al feminismo en general; para los nazis, el feminismo era una conspiración judía que pretendía destruir la fertilidad de las mujeres arias” (p. 49).

A lo largo de este capítulo, Stanley da cuenta del ataque reiterado a los estudios de género en universidades de, por ejemplo, Rusia, Europa del Este y Estados Unidos por parte de la extrema derecha. Ahora bien, se podría objetar que una universidad debe tener representantes de todas las tendencias y, por lo tanto, tendríamos que tolerar a catedráticos que se mostraran a favor de atacar los estudios de género, por ejemplo. Stanley es bastante claro al señalar que si bien en una primera lectura esto podría resultar válido (“cualquiera que haya estudiado Filosofía sabe que el enfrentamiento dialéctico de perspectivas enfrentadas suele ser muy útil”), en este caso no lo es. No hay nadie que crea que una universidad para investigar libremente deba contratar profesores que, por ejemplo, quieran demostrar que la tierra es plana.

La ideología fascista tiene como objetivo inculcar en los estudiantes un orgullo por el pasado mítico de su nación y ensalzar aquellas disciplinas académicas que refuerzan las normas jerárquicas y la tradición nacional. Para el fascista, “las escuelas y las universidades existen para adoctrinar en el orgullo nacional o racial” (p. 53).

La política fascista utiliza mecanismos específicos para destrozar los espacios de información y destruir la realidad. La irrealidad, pues, es la cuarta estrategia de la política fascista. La política fascista implica la repetición constante de mentiras para destruir los espacios de información. El líder fascista busca transmitir a la población teorías conspiratorias que lo favorezcan. Estas teorías son un mecanismo básico para desprestigiar los principales medios de comunicación. Los políticos fascistas buscan que los votantes culpen a las minorías de sus expectativas no cumplidas y no a la élite económica, por ejemplo.

La ideología fascista se aprovecha de la tendencia del ser humano a organizar la sociedad de modo jerárquico; esta es la quinta estrategia fascista: la jerarquía. Los fascistas no creen en la igualdad y por lo tanto defienden la existencia de una jerarquía natural que determina el valor de las personas. En el proyecto fascista podemos ver cómo se conjuga la ansiedad de los grupos dominantes, los de la verdadera “nación”, con el miedo que despierta en ellos que se reconozca la igualdad de las odiadas minorías.

Una sexta estrategia es el victimismo. La instrumentalización del victimismo por parte de los grupos dominantes es un elemento universal de la política fascista cuando se plantea la idea de compartir ciudadanía y poder con las minorías. Los ciudadanos blancos de Estados Unidos, por ejemplo, creen que se ha avanzado bastante en materia de igualdad racial. Lo cierto es que por cada 100 dólares que gana una familia blanca, la familia negra solo recibe 5. Los ciudadanos blancos estadounidenses suelen creer que la igualdad racial solo se logrará con medidas discriminatorias para los blancos.

Stanley hace una diferenciación entre dos tipos de nacionalismos, el que nace de la opresión y el nacionalismo que busca la dominación. Un ejemplo de lo primero puede ser el movimiento de *Black Lives Matter*. Sus adversarios, con una actitud intolerante y nacionalista, dicen que este lema quiere instaurar que solo las vidas de los ciudadanos negros importan. Este lema, por el contrario, nada tiene que ver con menospreciar la vida de los ciudadanos blancos. *Black Lives Matter* señala que las vidas de los ciudadanos negros también deben ser respetadas, como las de los blancos.

La séptima estrategia fascista es el orden público. Las personas son divididas en dos categorías: las que pertenecen a la nación elegida y que respetan la ley, y las que no, porque son desobedientes por naturaleza (p. 106). En el grupo de los desobedientes, señala Stanley, encontraremos a las mujeres que no encajan en los roles de género tradicionales, las razas distintas a la blanca, los homosexuales o los inmigrantes, entre otros.

La octava estrategia está relacionada con la política de la ansiedad sexual. En la política fascista existe un demagogo que cumple con el rol de padre de la nación y cualquier amenaza a la masculinidad de este se toma como un ataque. Homosexuales y personas transgénero son amenazantes para los roles tradicionalmente masculinos de una sociedad patriarcal.

Stanley detalla en este capítulo cómo Donald Trump, por ejemplo, ha vinculado reiteradamente los grupos de inmigrantes con los de los violadores. La política fascista necesita un enemigo –ellos– que quieren destruir la nación. La ansiedad masculina exacerbada por la angustia económica es utilizada por la política fascista y la convierte en miedo. Miedo a que la familia se vuelva amenazada por ellos.

La novena estrategia es considerar la ciudad como “Sodoma y Gomorra”. Stanley cita los dos primeros capítulos de *Mein Kampf* de Hitler, en los que se condena el cosmopolitismo y se presentan las zonas rurales como un elemento purificador. Para la ideología nazi, los valores alemanes puros son los valores del mundo rural, mientras que en la ciudad estos valores se contaminaban y corrompían. “La ideología fascista rechaza la pluralidad y la tolerancia” (p. 141). Por tanto, los miembros de la nación elegida deben compartir las mismas costumbres y estilos de vida.

La diversidad generalmente se da en las grandes ciudades, por tal motivo estos lugares son una amenaza para esta ideología. Stanley cita el manifiesto de la Liga Militante para la Cultura Alemana (*Kampfbund für deutsche Kultur de Rosenberg*), en el que se llama a “frenar todas aquellas tendencias teatrales que resultan perjudiciales para el pueblo, pues el teatro se ha convertido en casi todas las grandes ciudades en el escenario donde se da rienda suelta a las perversiones” (cf. 135).

El último capítulo se titula *Arbeit macht frei*. Para la ideología fascista, *ellos* son flojos y necesitan trabajar. “El fascismo cree que solo asignándoles trabajos forzados podrán curar esa naturaleza holgazana y ladrona. Por eso en las puertas de acceso a los campos de exterminio de Auschwitz y Buchenwald figuraba la inscripción: el trabajo libera” (p. 148). A la ideología fascista le gusta pensar que *ellos* solo aspiran a vivir de la generosidad del Estado. En Estados Unidos, como bien explica Stanley, los ciudadanos blancos suelen percibir que los ciudadanos negros son flojos, a pesar de que la comunidad que más se beneficia de las prestaciones sociales sea la blanca (p. 150).

Finalizando el libro, Stanley reflexiona sobre una de las formas en que podemos defendernos del fascismo: el sindicato. En ellos los trabajadores blancos y negros se identifican y buscan la colaboración de ambas partes. La movilización colectiva nos permite vernos los unos a los otros, reconocernos en nuestra humanidad a pesar de tener distintas creencias, historias, etnias, proyectos de vida, orientación sexual o géneros distintos, etc. A fin de cuentas, todos necesitamos descansar, tener comida, tiempo libre, entre otras cosas. El autor menciona que en los países donde existen grandes desigualdades económicas, hay muy poca presencia de sindicatos (Estados Unidos, Chile, México y Turquía).

La democracia requiere escuchar a las demás personas, requiere comprensión y generosidad. Claramente esto es difícil. En la actualidad es complejo ser parte de una comunidad tolerante y abierta ya que para eso se necesita, desde luego, una buena educación o, como menciona el autor, entrar en contacto con otras culturas.

Durante los últimos años se han publicado variados textos que advierten cómo el fascismo parece estar de regreso (sin, seguramente, haber partido nunca). *Cómo funciona el fascismo* es un buen manual para identificar las distintas estrategias fascistas que se dan en nuestras sociedades actuales, estrategias que son ilustradas por Stanley tomando en su mayoría ejemplos de la política estadounidense. No es difícil percibir cada una de estas estrategias en, por ejemplo, el caso chileno: desde la añoranza de la extrema derecha chilena por la dictadura militar de Augusto Pinochet, pasando por el antiintelectualismo que persigue a los profesores universitarios –como los diputados de derechas que solicitaron información sobre planes de estudios que se refieran a “estudios de género, ideología de género, perspectiva de género, diversidad sexual y feminismo” el año 2021–, la destrucción de la realidad a través de las teorías conspirativas o noticias falsas que estuvieron presentes en la campaña presidencial y con más fuerza en la campaña del plebiscito de salida de la propuesta de nueva Constitución, por nombrar algunas.

En suma, *Cómo funciona el fascismo* es un texto que permite, gracias a una escritura hábil y clara, detectar en nuestras sociedades el auge del fascismo. Prestar atención a sus estrategias es clave para contenerlo.

Daniela Alegría  
Centro de Estudios de Ética Aplicada  
Universidad de Chile  
<https://orcid.org/0000-0002-4019-2196>  
[dvalegriaf@gmail.com](mailto:dvalegriaf@gmail.com)